

Actuar con fe: la Primera Comunión

Rebeca Monroy Nasr*

Reseña del libro de Margo Glantz *et al.*, *El arte de hacer la Primera Comunión*, Carlos Martínez Assad (coord.), David Maawad (ed.), México, Univa / Iteso / INAH / Fundación Sara Sefchovich, Tomás de Híjar Ornelas y Jesús Verdín Saldaña, 2022, 145 pp.

Un libro atractivo por el tema que representa, pero más aún por la diversidad de sus autores, es el que coordinó Carlos Martínez Assad, en el que reúne las plumas de autores como Margo Glantz, Agustín Yáñez, Mónica Lavín, Rosa Beltrán, Marco Antonio Campos, Hernán Lara Zavala, Tomás de Híjar Ornelas y el propio Car-

los, quienes pusieron en escena algunos de los conceptos, visualidades y momentos más destacados de ese evento, que permite comprender una variedad de experiencias vertidas alrededor de ese rito católico.

Es el investigador Carlos Martínez Assad quien coloca la intención del libro al advertir en su ensayo “El sacrificio memorial del cristianismo”, el significado ritual de la Primera Comunión, con el que se hace patente y se cobra conciencia de “ser parte de los creyentes” de un rito que colectiviza y crea un sentido de identidad (p. 15). El historiador y sociólogo nos contextualiza de manera clara la forma en que se ha ido desarrollando este acto y de qué forma los niños deben internalizar los misterios de la fe que quedan así en su imaginario. La comunión, como la toma de conciencia de acercarse al

cuerpo de Cristo, y hacerlo suyo y entender que es parte de un ritual que puede permitir la vida eterna, es lo que va desarrollando en su ensayo con gran habilidad y erudición. Citas de la Biblia con la palabra de Cristo, por supuesto; por otro lado, destaca la importancia del rito desde la mirada crítica del propio escritor Carlos Monsiváis, aunado a algunos versos de poemas en los que cita a Juan de Dios Peza, Ramón López Velarde, Amado Nervo, Carlos Pellicer, por ejemplo, y él cita, por supuesto, al clásico catecismo del padre Ripalda, que por cierto nos comenta que duró en uso por cuatro largas centurias, hasta 1960. También nos muestra como después de los 10 mandamientos, el número siete fue parte fundamental del rito católico y nos comenta que en los: “primeros tiempos del cristianismo se usó para representar una

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

multitud (de fieles)” (p. 22). En ello se encuentran los siete sacramentos, los siete pecados capitales, los siete vicios con “las mismas virtudes que los conjuran”, y uno doble... con los catorce Artículos de Fe. Para cerrar con un análisis de las imágenes que surgen alrededor de este sacramento y que contienen grandes simbologías cristianas: dibujos a color o blanco y negro, representaciones de Cristo en la cruz o de Jesús y las tradicionales fotografías de los comulgados de manera individual o en grupo. Con esto logra acercarnos también a las distinciones de las clases sociales y de los entornos rurales o urbanos, que van diferenciando a los jóvenes que han recibido el sacramento. Es un ensayo rico por su contenido, con el detalle fino y erudito que caracteriza al investigador en sus múltiples trabajos, además del rico contexto que nos brinda y el análisis iconográfico de la imagen.

Por su parte, la que esto escribe dedica el texto: “El retrato imborrable de la Primera Comunión”, a la comprensión de los ritos de paso que realiza el hombre con la necesidad de encontrarse y ubicarse en ciertos grupos sociales, a partir de la necesidad de identidad y aceptación. Por lo que encontramos celebrando ritos de paso a aquellos que buscan considerarse parte de la Iglesia católica y que empiezan a realizar elecciones importantes. Es el caso de elegir a sus padrinos o madrinan —muchas veces encaminados por los padres—, pero otras con la clara idea de definir quién puede ser su mentor en caso de faltar sus antecesores. El uso de cierto tipo de trajes y de atributos en la vestimenta para las y los jó-



Rebeca Monroy Nasr, 13 de septiembre de 1969. Col. Rebeca Monroy Nasr (p. 41).

venes, también es analizado; en tanto las niñas deben llevar vestidos blancos con la cabeza cubierta por un velo, los varones pueden ir de blanco y de saco o traje oscuro, portando uvas, moños, cruces o partes del trigo como adorno en su brazo. El atuendo también depende de la zona urbana o rural, la clase social y los usos y costumbres de la comunidad.

En este sentido, se analiza lo que es la fotografía de la Primera Comunión y su significado como parte sustancial del rito, para el colectivo, para la familia y para el propio participante: “porque son los primeros destellos de consagración y creencia, de sentirse en la ilusión y la posibilidad de ser un adulto feliz, como parte de una comunidad” (p. 49).

Los elementos que intervienen en el estudio fotográfico para dar cuenta de la Primera Comunión es labor del fotógrafo; la colocación corporal es fundamental para quien ha elegido ese día para iniciar su faz religiosa consciente, de pie o de rodillas, aunado a los atributos necesarios para su evocación: velas, rosarios, el libro de la Primera Comunión; todo ello asegura que será identificado en su día. Estas fotografías familiares dan cuenta de los usos y costumbres, relatos visuales que se han convertido en un “documento histórico que nos lega la vida cultural de los pueblos en diferentes latitudes, sus costumbres y preservación. Es la huella por excelencia, un antídoto ante la desmemoria” (p. 51).

Del escritor y poeta Agustín Yáñez se presenta un poema fechado en 1923 —el cual escribió con apenas 19 años—, “La estrella nueva”, y forma parte de la colección de cuentos *Llama de amor viva*. Un relato de la pequeña Rosita y su entorno de amigas que se preparan para la Primera Comunión el día 1 de mayo. Muestra la alegría y la importancia del evento, la presencia de los familiares, la nota de un gato que percibe el ambiente y el malestar de Rosita, y el impensable desenlace que hace de este cuento “una primicia de su juvenil talento” (p. 55), el cual muestra cuadros de escenas que se van concatenando en un suave murmullo de letras, que cierra con la imagen final que señala la presencia en la ausencia.

Los siguientes textos podemos ubicarlos entre la autobiografía y la novela; con narrativas muy fres-

cas, encontramos que cada autor deja abierta una ventana al pasado y muestra escenas icónicas de su Primera Comunión; o bien, los hay quienes usaron esos recuerdos de la época, vivencias reales, entreveradas con una visión a la distancia, pues sencillamente presentaron una historia narrada en primera persona, que da paso a considerar que, como dice la escritora Margo Glantz: “Todos tenemos algo de novela”.¹

“Oblación” del escritor, ensayista y cuentista Hernán Zavala, nos introduce en el mundo familiar en el que tres jóvenes que realizarán su Primera Comunión, están por conocer a una de sus familiares que se convirtió en monja. Es la trama sustancial que los lleva al mundo de la religión en el convento, con las muestras de la fe, la confianza, el temor a Dios, la imposición de los curas y sus castigos severos a los jovencitos, que muestra de manera clara la presencia de este tipo de ritos en las familias urbanas. Otro final de cuento, inesperado, maravilloso, hace de esta narración una ofrenda de vida, una poderosa resolución consciente del mayor de los hermanos. Las frases finales dan cuenta de ello de manera magistral. Será necesario leerlo para entenderlo en su cabal final.

La novelista y cuentista Rosa Beltrán viene a mostrarnos la trascendencia inesperada de esa fase de su vida y bajo el título: “Una singular Primera Comu-



Rosa Beltrán, 1969. Col. Rosa Beltrán (p. 86).

nión”, nos muestra su entrada al mundo religioso. Nos dibuja una madre que parece ser indomable y estricta en esos territorios, en donde ella fue hecha a un lado a pesar de estar ambas hermanas convocadas para celebrar el rito, juntas. Un inesperado evento trastoca todo y ello implica que se desarrolle totalmente diferente para una y otra. Lo cual marcó definitivamente su proceder y su fe. Es un texto sintético y claro, de formas agudas que dan cuenta de cómo es posible alejar a los jóvenes de los márgenes religiosos.

Margo Glantz, por su parte, con su espléndida pluma, nos lleva a un pasaje que comenta ha sido ya expuesto; por ello, el título afirma: “Un viejo recuerdo rememorado”, sin embargo, deja un sello claro de

la presencia de los migrantes judíos en el país y la necesidad de incorporarse a la cultura y la identidad prioritaria de los mexicanos, en el ámbito religioso. Resulta una muestra clara del intercambio de culturas, de presencias, de imbricaciones y de esa fusión de identidades que se dieron en el suelo mexicano, sobre todo, después de la segunda gran guerra.

“La elocuencia de las flores” de la escritora y periodista Mónica Lavín, presenta justo otro ángulo de la inmigración posguerra, ahora con el sabor a España. En este caso, la tradición del sagrado sacramento viene de un claro mandato familiar que provenía de la abuela y de la necesidad de prolongar los ritos y el agradecimiento a Dios. Todo el esmero, esfuerzo e intento de comprender los lazos con el creador, los sagrados sacramentos, los pecados anotados y sus confesiones, junto con las transustanciaciones, se adelgazaron con el tiempo, según narra la autora de este texto fresco y lleno de olores florales, sabores y presencias de los años setenta. Además, deja en las imágenes de los recordatorios y las fotografías las difusas remembranzas.

Es Marco Antonio Campos el cronista, ensayista y narrador el que escribe “El tiempo de hacer la Primera Comunión”, en donde escuchamos de nuevo una voz que parece autobiográfica y que muestra la entrada al mundo de la Primera Comunión con las sesiones del catecismo, la necesidad de aprenderse letras panegíricas que, al final, como muchos otros en los relatos anteriores, acabaron por definirse lejos de esa religión,

¹ Rosario Reyes, “Margo Glantz, la ‘judía errante’, que imaginó el mundo antes de recorrerlo”, *El Financiero. Culturas*, 18 de febrero de 2019.

en donde los curas se imponen con sus corporeidades como autoridades temerarias de la Iglesia, que en lugar de acercarse a esas almas jóvenes, las alejan. Cierra el relato que está bañado de sentido del humor con la frase: “Desde muy joven, cuando me preguntaban si era católico, solía contestar: ‘sí, mientras no vea una sotana’. Soy un cristiano sin ninguna iglesia” (p. 109).

Es el propio Carlos Martínez Assad quien hace un cierre textual con el ensayo “Un milagro que cayó del cielo”, con una historia maravillosa que muestra lo inesperado de esos eventos y sus múltiples posibilidades en aquellas regiones a las que no les llegaban las novedades de moda y telas. Es decir, nos remite a la historia regional que tanto ha trabajado con una bella nota de la Primera Comunión, investida entre el recuerdo y lo inesperado.

Del Padre Tomás de Híjar Ornelas encontramos el “Poemario eucarístico”, que reviste justamente esas palabras que han incidido en el imaginario de todos aquellos que se han acercado a la Eucaristía, y que se relocaliza como material de gran importancia en el terreno de la historia de las religiones y de las mentalidades.

*

Es posible advertir en varias narraciones, que impera el recuerdo de tintes autobiográficos: la presencia de la familia, de los hermanos, las hermanas, las primas, las tías y las abuelas, los padrinos y madrinan, los amigos y amigas de la familia. Y en el cen-



“Carlos Martínez Assad en Rincón de San Francisco, Guanajuato”, 1953. Fotógrafo: Alfredo de la Torres, Col. Carlos Martínez Assad (p. 117).

tro de la narrativa el “yo” como personaje principal, donde puede que sean recuerdos recreados, renovados, reinventados, reinsertados en otra historia, pero de ello podemos constatar que las historias todas y cada una son maravillosas. Y considero que el tema no ha sido muy visitado por los historiadores, por lo que se convierte este libro en un elemento de estudio fundamental para comprender a fondo lo que significa la Primera Comunión, justo cuando los jóvenes cobran conciencia de su ser y de adónde llevar sus elecciones de fe para abrazar la religión o rechazarla. Porque en este libro se presentan claramente varios casos que se esfumaron de esa

necesidad de acogerse a la religión o a un dios. En donde vemos los escenarios de los curas que solían, muchas veces, alejar las almas al quererlas sumir en la fe a partir del miedo y de la evocación del pecado. Se muestra cómo muchas veces esos jóvenes no comprendían la esencia del “pecado”, como es el recuerdo que nos comparte Margo Glantz: “[...] cuando el sacerdote me preguntaba si había pecado, yo contestaba invariablemente: ‘Padre, me acuso de haber fornicado’”, y él: “Bueno m’hijita, reza entonces 10 padres nuestros y 10 Ave Marías” (p. 92). O aquel otro comentario en donde Hernán Zavala señala: “No entiendo muy bien el sacramento de ‘no deseas a la mujer de tu prójimo’ y tampoco le hago mucho caso al de ‘no codiciarás las cosas ajenas’” (p. 76).

Sensacionales y muy disfrutables textos que son acompañados por una gran cantidad de imágenes, en donde la mano del fotógrafo y diseñador de libro, David Maawad, da cuenta de la diversidad de representaciones que ejercen una fuerza discursiva del evento, digna de una revisión iconográfica e iconológica por sí mismas. Las estampas que muestran las escenas bíblicas o sus interpretaciones sintéticas con los arcángeles, con el Espíritu Santo y con los haces de luz como bendiciones celestiales. Abunda la presencia de Cristo brindando la hostia directamente, para que los pequeños tal vez pudiesen tener una idea más clara del significado de la transustanciación. O bien, el niño Jesús con la hostia en sus manos,

es decir, sería todo un trabajo de análisis de esas imágenes que han perdurado por más de un siglo, según se puede advertir en las fechas. Tarjetas en donde, además, se anunciaba quién sería el personaje principal con sus padrinos y madrinas, la iglesia, el presbítero o cura que haría la ceremonia y la fecha inserta de manera clara. Evocaciones que aparecen en este libro hermoso, desde 1855 hasta los años setenta del siglo XX. Unos documentos absolutamente invaluable.

Y no puedo dejar de mencionar las fotografías que contienen una riqueza histórica, social y estética, pletóricas de significados en múltiples sentidos. Tal es el caso de conocer algunos estudios fotográficos regionales, como los de Tuxpan, Veracruz, o de San Francisco del Rincón en Guanajuato. O bien, de cómo representaba el fotógrafo el momento, en retrato colectivo o individual, con los atributos necesarios para la comprensión del evento: alfombras, reclinatorios, imágenes de Cristo en la cruz, mesitas, entre otros elementos ornamentales y de parafernalia. Así, también, se observa la intervención en el positivado de la imagen, con haces de luz aparentando la bendición y presencia divina. Están presentes en este libro-catálogo los fotógrafos itinerantes o extranjeros, como la imagen realizada de Winfield Scott de 1899, y las múltiples del Archivo Casa-sola, del Sinafo-INAH, todas ellas novedades fotohistóricas. Es un

mar de temas el que se abre en sus contextos históricos, manteniendo algunos elementos inamovibles, otros transformados. Es el caso de cuando la fotografía pudo acudir a los escenarios de la iglesia, o bien, en los tradicionales desayunos, con los ricos tamales y el chocolate y galletitas de los conventos de las monjas. Que aparecen gracias a la mejora de los equipos fotográficos y/o del uso del *flash* en la escena.

Quedan ahí presentes para su análisis esas imágenes, una recopilación con un diseño magnífico que les confiere mucha vida y presencia en el libro, producto de los papeles de familia, de los acervos particulares que se rescatan en el ánimo de recordar un evento que parece contundente en la vida de los infantes y de sus familias, convertidos en personajes, en esos siglos XIX al XX.

Por último, cerrar con una reflexión: éste es un libro de grandes alcances que trabaja sobre la historia de las religiones, la historia social, la historia cultural, la historia de la vida cotidiana, la historia de género, la historia de las mentalidades, la autobiografía; con narrativas particulares de grandes escritores, poetas, ensayistas, historiadores, que presentan el tema en forma de rizomas y junto con la iconografía que contiene una vida independiente al texto.

Son imágenes recolectadas con más de un siglo de presencia en estampas y fotografías de acervos familiares al lado de archivos na-

cionales. Aunado a la información que provee una amplia gama de fotógrafos locales e internacionales, desconocidos y famosos, que dan cuenta de una labor poco analizada y que merece un trabajo profundo. Por extraño que parezca, este material no encontró salida editorial fácil; hubo nichos que podían parecer los más adecuados, con editoriales institucionales o particulares que no aceptaron la producción. Por ello, es una edición financiada con apoyos de la Universidad Católica, del Iteso de la Universidad Jesuita de Guadalajara, junto con el INAH, la Fundación Sara Sefchovich, Tomás de Híjar Ornelas y Jesús Verdín Saldaña, quienes procuraron la salida con una impresión impecable a siete tintas. Es increíble el esfuerzo del coordinador Martínez Assad para hacernos llegar este libro de un tema que promete aún muchas más veredas rizomáticas con temáticas y análisis icónicos por relatar.

Me pregunto si editar un libro en estos momentos no es acaso un acto de fe, con la esperanza de un buen destino, con la posibilidad de ser impreso en papel y de conservar su calidad original en el diseño y en su propuesta editorial, además de poder alcanzar un lugar en el mundo digital. Es ahí en donde se confirma realmente que cualquier acto libresco en su edición, está embestido de toda humildad y de fe, con la esperanza de llegar en algún momento a su fin último: a las manos y ojos de sus múltiples y diversos lectores.